

# Cataluña: Una nación forjada por la Historia

Pierre Vilar



A lo largo de los siglos, venciendo todo tipo de obstáculos y barreras, Cataluña ha ido forjándose como una nación con conciencia de serlo. La «Diada» del pasado 11 de septiembre en Barcelona —de la que recogemos un aspecto— sirvió de confirmación de esta conciencia colectiva.

**C**UANDO descubrí Cataluña, hace cincuenta años, mi curiosidad se dirigía hacia lo moderno, hacia lo actual. En ese sentido, la gran Barcelona no me defraudó. Otra Barcelona, sin embargo, con más sutil insistencia, me enseñó, a través de los nombres de calles, rótulos de tiendas y estribillos de canciones, me enseñó que había existido una vez una Cataluña de condes y de reyes, de flotas mediterráneas y de asambleas representativas. Y también una Cataluña rebelde y desgraciada, la de los «segadors» sublevados, la de Barcelona derrotada. **Lo vivido, lo cotidiano** catalanes, revelaban una sorprendente sensibilidad colectiva al legado de la historia.

¿«Historia», o imaginaria? Imaginaria ante todo, indudablemente, como en toda visión popular. Pero no ideología de Estado, ya que la escuela y la autoridad, españolas de derecho, castellanas de lengua, hubieran preferido cantar al Cid, a Isabel o a Felipe II. Era preciso admitir, pues, que, en una parte del territorio español, una representación «nacional» de la historia podía no coincidir con la del Estado. Pero entonces se planteaban dos problemas: ¿en qué se fundaba la representación disidente?, ¿y en qué su aceptación? El hecho catalán ha marcado la Historia. Y estuvo a punto de desaparecer. ¿Cómo es que ha revivido?

En primer lugar, ¿no ofrecía la naturaleza un marco definido a una comunidad de lengua que va desde Corbières hasta el sus valenciano? La geografía a menudo predispone. La Iberia mediterránea se apoya contra la Meseta. Los desiertos-fronteras han protegido, muy a largo plazo, la originalidad catalana.

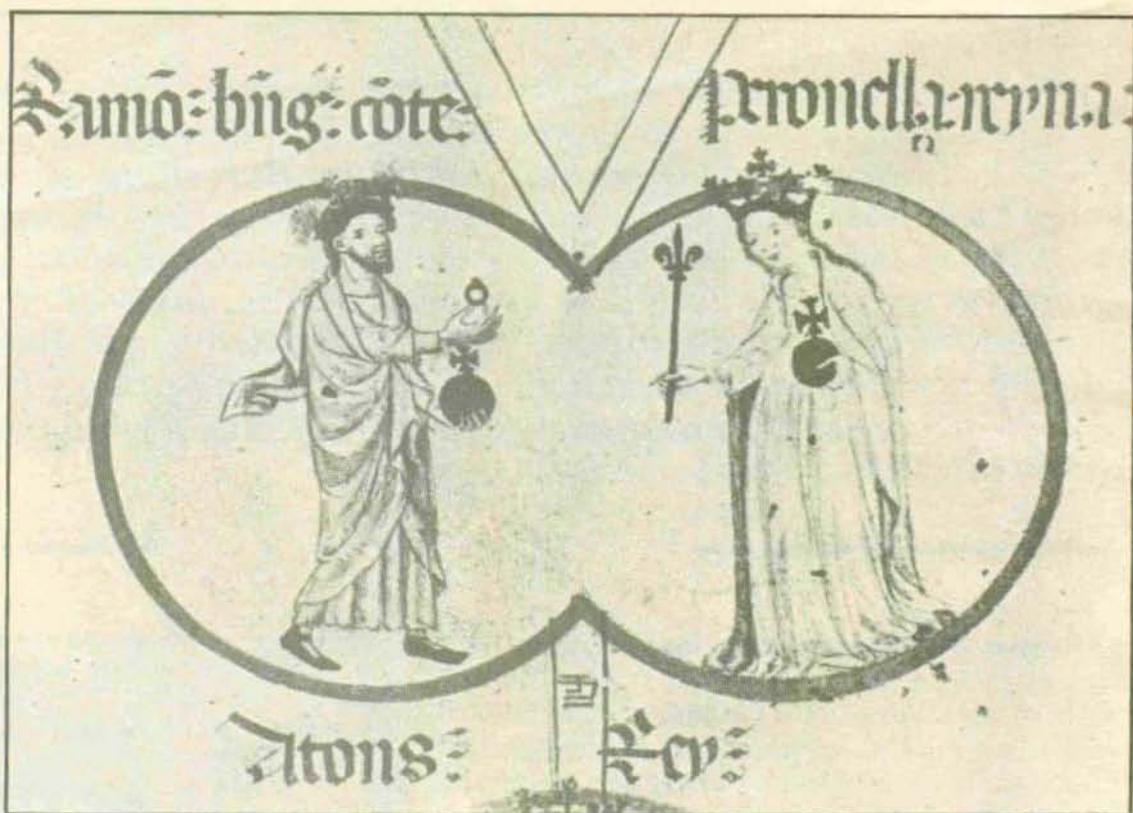
Por el contrario, la vía costera fomentó las migraciones. Estas se quedaron, entre Tarragona y el Pertus, en un pasillo dominado, hasta los «refugios» pirenaicos, por un laberinto de cadenas montañosas, de mesetas, de valles, de gargantas, «comarcas» originales y complementarias, con orientación principal hacia Barcelona, «cabeza y núcleo» del «Principado», o Cataluña propiamente dicha. En este marco, la población más antigua presentaba ya una estructura tribal densa, que sobrevivirá a la colonización romana en el trazado de los obispados, de los «condados», de donde surgirá Cataluña.



«El hecho catalán ha marcado la Historia. Y estuvo a punto de desaparecer. ¿Cómo es que ha revivido?», se pregunta —y responde— Pierre Vilar en el artículo adjunto. (Sobre estas líneas, pendón de Cataluña que se halla representado en los Triunfos de Maximiliano, Biblioteca de El Escorial.)

#### «EL PASTOR» Y «LA SIRENA»

De hecho surgió, tras las invasiones musulmanas, de los refugios pirenaicos, mediante la re-



Hacia 1100 aparece la palabra «Cataluña». Y gracias al matrimonio entre Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, y la hija de Ramiro II de Aragón, Petronilla (ambos esposos aparecen representados en esta miniatura), los condes de Barcelona adquieren el título de reyes de Aragón.

**conquista y la repoblación.** Más que «marca» franca, fue una conjunción de núcleos resistentes y autónomos que fueron reconquistando, repoblando, en dirección hacia el mar. «El pastor», dirá Maragall, va al encuentro de «la sirena». Pero la montaña mandará por mucho tiempo. Para Pisa, el «conde de Barcelona» es «comes pyraeneus». El monasterio de Ripoll

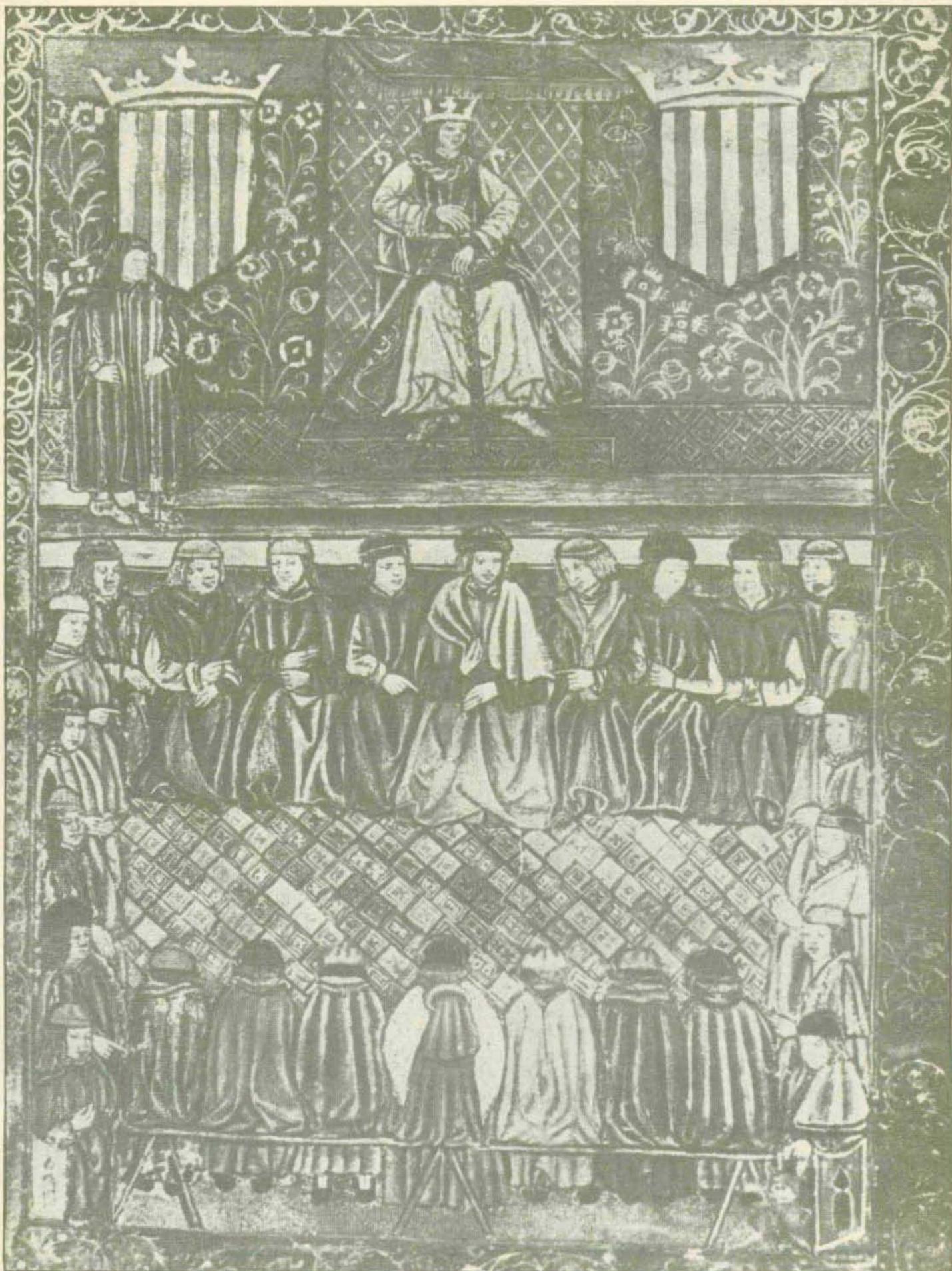
acoge a un dux retirado del mundo, prepara al monje Gerbert para el pontificado, preside el nacimiento de un mundo feudal —campesinos en un principio libres y luego avasallados—, oro musulmán que va a parar a manos de los caudillos militares. El nombre de «Cataluña» todavía no ha hecho su aparición. Pero ¿quién podría olvidar, siquiera hoy, ese trasfondo «románico» de claustros, altos campanarios, y de frescos, de «guardias» y de castillos?

Hacia 1100 aparece la palabra «Cataluña». Los cristianos avanzan hasta el Ebro. Gracias a un matrimonio, los condes de Barcelona adquieren el título de reyes de Aragón. Pero el **poderío** sigue siendo catalán, aunque los «condes-reyes» dirijan la mirada hacia Occitania o vinculen sus ambiciones a las de los marinos-comerciantes de la costa. Junto a éstos, el joven rey Jaime I conquista Mallorca (1229), Valencia (1238) y los convierte en reinos. La «Corona de Aragón» organiza la voluntad expansiva de los catalanes.

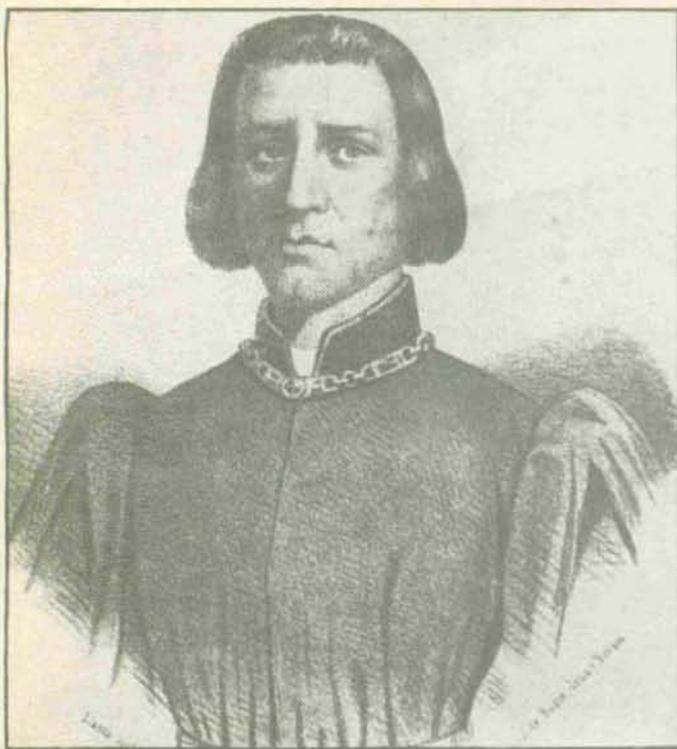
Estos llegarán a controlar un día Sicilia, Malta, Djerba, Cerdeña, Atenas («dicen misa en el Partenón», que mandarán conservar «como la más hermosa joya del mundo»). Disputan Córcega a Génova. Tratan con los reyes del Maghreb. Económicamente, Barcelona lleva la batuta. No iguala a Génova ni a Venecia, pero representa, por sus cónsules, en cincuenta y siete ciudades, un conjunto (Palma, Valencia, Perpiñán) que acaso las supere. Institucionalmente, cada reino tiene sus «Cortes» representativas. Las de Cataluña tienen una diputación per-



Desde el punto de vista intelectual, en el siglo XIII abundan los talentos en Cataluña: Ramón Llull (Raimundo Lullio), Muntaner, Arnau de Vilanova,... Reproducimos una xilografía que recoge la lapidación de Llull, inmortal de las letras catalanas, en Bugia.



A través de conquistas como las de Mallorca (1229) y Valencia (1238), Jaime I extendió enormemente el poderío catalano-aragonés, expandiendo por estos nuevos reinos la savia política, cultural y económica de la Corona de Aragón. Esta página muestra a Jaime I presidiendo las Cortes de Cataluña ante representantes de los diversos sectores sociales.



Otra época de especial relieve intelectual en Cataluña, es el llamado «siglo de oro» renacentista, cuando surgen figuras del nivel de Eiximenis, Turmeda, Bernat Metge y, sobre todo, Ausias March, al que vemos en este retrato romántico firmado por Llanta.

manente, la «Generalitat», cabeza política del «Principat». Barcelona tiene su «Consejo de Ciento», su «Loja», su «Taula de Canvi», su ley marítima (el «Consolat de Mar»). Todo se basa en la «entente» entre la ciudad y el rey. Desde

el punto de vista intelectual, abundan los talentos, desde el siglo XIII de Ramón Llull, Muntaner y Arnau de Vilanova, hasta el «siglo de oro» de Eiximenis, Turmeda, Bernat Metge y Ausias March. En cuanto al arte, basta citar, como símbolo de los lazos entre arquitectura, religión, riqueza mercantil, dos edificios barceloneses próximos entre sí: el salón de la «Llotja» y Santa María «del mar».

Más que Estado, Cataluña tiene carácter de **nación**. Muntaner se refiere a un patriotismo de la lengua. El rey invoca «patriae leges et libertates». Se comprende que el nacionalismo de ayer, aun a costa de algún que otro anacronismo, creyese en la Cataluña-nación e incluso en la Cataluña-democracia, y soñase con la Cataluña-potencia.

Mientras tanto, no obstante, esa **potencia** se había extinguido. Se atribuye este hecho a la desaparición de la dinastía (1410), a las luchas políticas del siglo XV, al matrimonio de Fernando. Mayor peso tuvieron las despoblaciones masivas, la guerra de los cien años entre siervos y señores, el declive del Mediterráneo. Carlos V todavía trata al Principat honrosamente. Felipe II lo menosprecia. Queda en el recuerdo la coincidencia entre ese eclipse y el apogeo español.

Ahora bien, la situación se invertirá más tarde. Hacia 1600, Cataluña revive en un momento en que Castilla entra en crisis. Evita el drama de la



Al plantearse la Guerra de Sucesión en España, los catalanes apoyaron decididamente la causa del archiduque de Austria, al que proclamaron en Barcelona como Carlos III jurándole su fidelidad, de acuerdo a como recoge simbólicamente este grabado alemán.



Asalto de las tropas de Felipe V de Borbón, enemigo del archiduque de Austria en la lucha por el trono de España, a la ciudad de Barcelona, que defendió hasta la derrota la legitimidad de este último. Era el 11 de septiembre de 1714, fecha que los catalanes nunca han olvidado.

inflación gracias a su autonomía monetaria. Su sólido campesinado, surgido del compromiso con que se cerró el conflicto agrario, se caracteriza por una prosperidad que provoca envidias en Madrid. En 1640, como Nápoles y Portugal, el Principat levanta al pueblo contra las exacciones de los soldados. Y a los dirigentes de los órganos autónomos, contra el Estado decadente. Pero Cataluña, al ofrecerse al rey de Francia, no consigue más que ruina y derrota. Pierde el Rosellón. Sin embargo, siguen respetándose sus viejas instituciones.

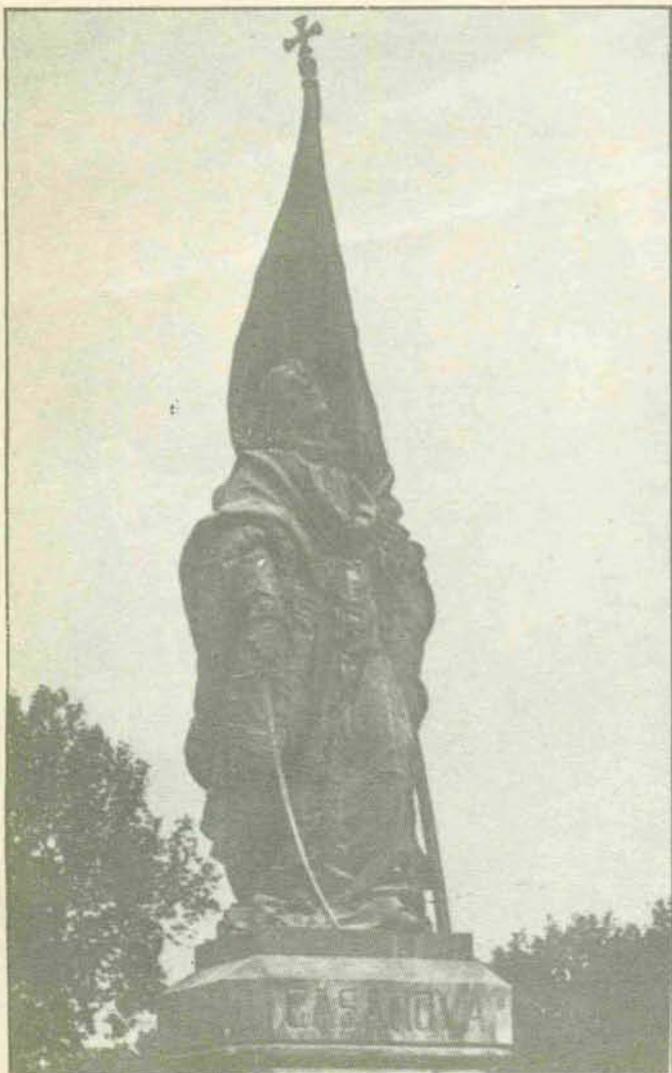
En 1705, otros dirigentes, surgidos de un segundo episodio de renovación, alimentarán la esperanza, a raíz de la guerra de sucesión, de elegir a su rey y sus alianzas. Al fracaso siguió tal desesperación patriótica que el asedio final, según Voltaire, recuerda a Sagunto. ¿«Pueblo turbulento», pregunta el Parlamento inglés, o defensa de «justos y viejos privilegios»? Los «viejos privilegios», esta vez, fueron borrados de la historia. «Fin de la nación catalana», dijeron los historiadores.

#### UN SENTIRSE DIFERENTE

Ahora bien, lo que desapareció entonces no fue

más que un vestigio medieval. Con todo, es cierto que el siglo XVIII registró el mayor retroceso que conoce la Historia en cuanto a la sensibilidad, la combatividad e incluso (en el seno de las clases acomodadas) a la lengua catalana. ¿Consecuencia del centralismo «borbónico»? Las causas son más profundas. Entre 1720 y 1790, la población catalana se duplica, la agricultura se transforma, abunda la pequeña empresa, que se dedica a innovar constantemente, y el gran comercio consigue tráfico libre con las Indias, mientras que las piastras se invierten conforme van llegando masivamente. Satisfecho, el despotismo ilustrado prestó oídos a esas clases activas, las cuales, integrándose en el mercado español y colonial, se unen al Estado.

Hacia 1780, España parece convertirse en un Estado-nación moderno, en el que Cataluña, reconocida como una especie de «pequeña Inglaterra», podía desempeñar un papel de punta, a lo que en realidad no se negaba. La invasión napoleónica da fe de ello. Conjuntamente con el resto de España, Cataluña se levantó contra el ocupante. La palabra de la resistencia se encarnó en el catalán Capmany, hombre de la administración ilustrada, historiador de las glorias catalanas del Medioevo, diputado de la provincia en



Estatua de Rafael Casanova, héroe máximo de la trágica jornada barcelonesa del 11 de septiembre de 1714. La imagen en piedra del consejero jefe de la ciudad fue realizada por Rossend Nobas para un monumento erigido en el lugar donde cayó Casanova, y que sería retirado por los franquistas en 1939.

Cádiz, defensor de la lengua castellana y gran teórico del concepto de «nación».

Pero España sale arruinada de su resistencia. Ha perdido el imperio. Y se entrega a Fernando VII. El despotismo dejó de ser ilustrado. Cataluña vuelve a sentirse diferente.

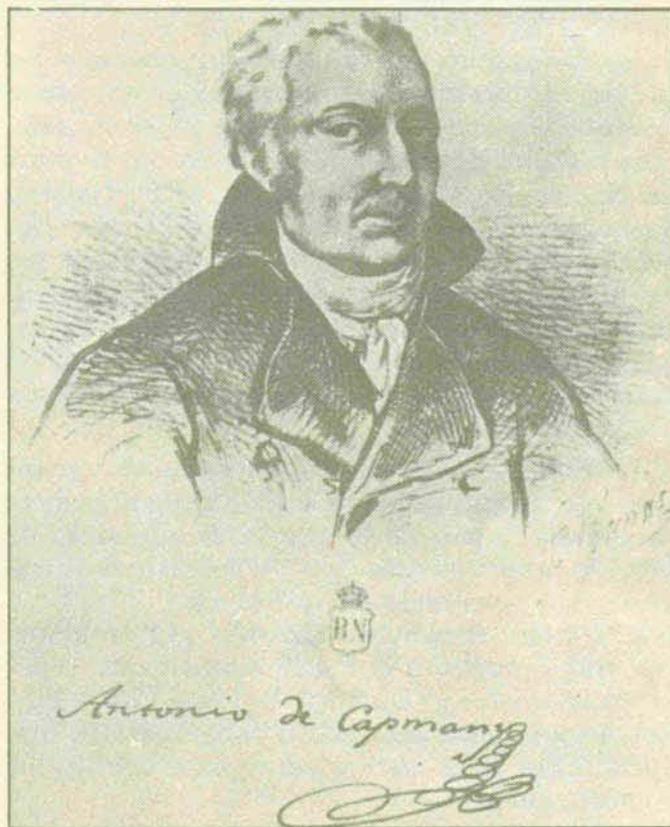
El pueblo había conservado ese sentimiento, junto con su lengua y sus quejas. El montañés «carlista» incluye el centralismo en su rechazo del Estado moderno. Los primeros motines obreros de Barcelona reclaman el «Estado catalán». Pues bien, ambas actitudes se verán prolongadas: la primera, por el apoyo del clero a la «tradicción catalana» (Torras i Bages), la segunda, por las corrientes proudhoniana (Pi i Margall) y federalista (Almirall). Todo permanece soterrado y, políticamente, resulta poco eficaz. Pero el «catalanismo» hará de ello un día el fundamento contradictorio de su unanimidad.

Más frecuente es citar entre sus raíces a la «Reinaixensa» romántica de la lengua, de la poesía, de la historia, iniciada en 1833. Pero toda Eu-

ropa está en esa onda, aunque, según los casos, la nueva corriente lleve a la unidad o a la secesión. En el viejo Estado español, ¿tendrá una literatura de juegos florales mayor alcance político que el felibrigio (1) en Francia? Su fórmula es en un principio: **España es la nación**, Cataluña es la patria. ¿Cómo es que de ahí se pasó a decir: **España es el Estado, Cataluña es la nación?**

En el período de ascenso del capitalismo, la burguesía asume reivindicaciones nacionalistas. Hasta 1880 aproximadamente, una burguesía catalana (no se trata de una simple etiqueta, sino de una fuerza estructurada, organizada, consciente), dueña de una industria productora de objetos de consumo, se muestra liberal en política y **proteccionista** en economía. Sin concesiones. Ahora bien, Madrid oscila continuamente entre un autoritarismo de antiguo régimen y esporádicos ataques de liberalismo teñido de librecambismo y anglofilia. Los organismos catalanes tienen que luchar diariamente para asegurar el mercado nacional (España) en beneficio del «trabajo nacional» (que es catalán). El desigual desarrollo engendra agrias polémicas, alimenta dos complejos colectivos de inferiori-

(1) Movimiento literario nacido en Provenza en 1954 y cuyas figuras más destacadas fueron Mistral, Aubanel, Roumanille, Brunet, etc. Los «felibres» —que así se llamaban los poetas en lengua de oc— intentaron revitalizar la literatura y la lengua provenzales.



Después de la prostración que sufre Cataluña tras ser derrotada por los Borbones, empieza a resurgir como nacionalidad durante finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Personalidad esencial en tal resurgir es Antoni de Capmany —sobre estas líneas—, en quien se encarnó el espíritu de resistencia contra el centralismo.



El paso hacia un nacionalismo catalán propiamente dicho no se da hasta más tarde de 1880 y, sobre todo, después de 1898 y la derrota colonial. Hombres como Francesc Cambó (en el centro de la foto, rodeado por Josep Roca i Roca y Miquel Junyent) protagonizan entonces la reivindicación nacionalista.

dad: político, en Barcelona; económico, en Madrid.

### FUERZA ECONOMICA Y «NULIDAD POLITICA»

El paso, reconocido abiertamente, hacia un **nacionalismo catalán** propiamente dicho no se da, sin embargo, hasta más tarde de 1880 y, sobre todo, después de 1898 y la derrota colonial. Con claridad proclama entonces Prat de la Riba: de nada sirve dominar en tiendas y talleres cuando son otros los que mandan en los ministerios y despachos; es inaceptable el desequilibrio entre la gran fuerza económica de los catalanes y su «nulidad política» en el seno de España; ésta constituye un mercado miserable; ¡qué comparación con los mercados de la Cataluña de antaño! Y en torno al mismo tema concluye Cambó, en las Cortes: «Pedimos la soberanía». A lo que responde un día Alcalá Zamora: «Usted no puede ser al mismo tiempo el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España».

Y ahí radicaba, efectivamente, la contradicción; ¿cómo podría prescindir una gran burguesía de las garantías ofrecidas por el Estado existente? Frente a las terribles amenazas sociales que pesaban sobre Barcelona desde 1917, la Lliga, partido de Cambó, acepta responsabilidades ministeriales bajo Maura, se doblega (si es que no llega incluso a sugerirla) ante la dictadura de Primo de Rivera, participa, en 1931, en el último gabinete de la monarquía. Por eso, yo mismo pude oír cómo durante toda la jornada del 14 de abril la muchedumbre barcelonesa repetía una y otra

vez en voz alta: «¡Muera Cambó, viva Macià!» El catalanismo popular salía a la superficie para transformar en fuerza irresistible mientras se le escapaba de las manos a quienes habían querido utilizarlo como simple instrumento.

Sólo les faltaba a las fuerzas aupadas al poder, innegablemente populares, aunque no obreras,



Una aspiración que se fue haciendo más fuerte y ampliamente sentida con el paso del tiempo, sería la de una Generalitat como organismo máximo del gobierno autónomo de Cataluña. Se conseguiría durante la II República, tras un plebiscito contestado afirmativamente por una inmensa mayoría.



He aquí al Gobierno de la Generalitat formado durante 1937, en plena guerra civil española: de izquierda a derecha del lector, sentados, Calvet, Tarradellas, Companys, Comorera y Domenech; de pie, Miret, Ayguadé, Fernández, Vidiella, Capdevila y Sbert.



El franquismo intentó anular la identidad nacional de Cataluña, borrar sus fundamentos históricos y culturales, para someterla a la dictadura. No lo logró. Y aun en vida de Franco, los catalanes exigían públicamente — como a través de estas pancartas — la «devolución» de su Historia.

sólo les faltaba **gobernar** en el marco de un «estatuto» que había sido objeto de plebiscitaria unanimidad en Cataluña, pero que tanto había costado arrancárselo al gobierno de Madrid. Tarea difícil: la primera ley social de la Cataluña autónoma —la Ley de Cultivos, que permitía a los rabassaires y pequeños arrendatarios campesinos la redención de sus arriendos— fue denunciada en Madrid como ilegal por los terratenientes y el partido de Cambó. Y la gran central obrera catalana, la CNT, logró muy pronto con-

vencer al gobierno regional, así como al Estado central, que no se podría gobernar ni **contra** ella ni **sin** ella. Ese fue el fondo de los dramas de 1934 y 1936. El entusiasmo nacional no pudo eliminar las luchas entre clases.

No importa. Cada vez que Madrid oprime, la unanimidad catalana se reconstituye. La Historia ha formado una nación catalana. Que no puede esquivar, claro está, ni las dependencias exteriores, ni las contradicciones internas de la sociedad. ■ P. V.



El 11 de septiembre de cada año en la «Diada», Cataluña reclama su derecho a la autonomía. Surgen entonces, a miles, las «senyeras» como símbolo de una reivindicación nacional que ningún régimen, ninguna política, puede negarle a un pueblo que ha sabido forjar su propia Historia.